

LA NUEVA COLUMNA VERTEBRAL

AGUSTÍN ÁLVAREZ REY

LA NUEVA COLUMNA VERTEBRAL

*Cómo nacieron, crecieron y se
desarrollaron los movimientos sociales
en la Argentina (1993-2019)*

Álvarez Rey, Agustín

La nueva columna vertebral : cómo nacieron, crecieron y se desarrollaron los movimientos sociales en la Argentina 1993-2019 / Agustín Álvarez Rey.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2019.
288 p. ; 20 x 14 cm. - (Claves del siglo XXI)

ISBN 978-987-614-571-8

1. Movimiento Social. I. Título.
CDD 300.72

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2019

Capital Intelectual S.A.

Director: José Natanson

Coordinación: Creusa Muñoz

Edición: Oscar Finkelstein

Diseño de tapa: M

Diagramación: Adriana Manfredi

Corrección: Mercedes Negro

Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: (54-11) 4872-1300

www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

ISBN 978-987-614-571-8

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina

Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo | 13 |
| Introducción | 21 |
| I. El humo sobre las rutas De la Patagonia al mundo | 29 |
| II. Muerte y resurrección Las últimas 48 horas | 69 |
| III. El nacimiento (Cambiemos/ kirchnerismo) Los sobrevivientes de los 70 y los hijos de los 90 | 107 |
| IV. Bajo la sombra del kirchnerismo Primer <i>round</i> | 143 |
| V. La larga marcha de Cambiemos al poder El piquete de la abundancia | 183 |
| VI. Los bendecidos por el Papa La inspiración | 209 |

| | |
|---|-----|
| VII. La identidad | 229 |
| Pegar y negociar | |
| VIII. La nueva columna vertebral y el 2019 | 257 |
| Bibliografía | 281 |

*A Soledad Rojas, por tolerar esta desquiciada profesión,
por sostener las paredes cuando todo se
derrumba, por la entrega infinita.*

*A Victoria Álvarez Rojas, Lautaro Álvarez
Rojas y Sofía Álvarez Rojas,
por la paciencia, por comprender, por dejarse
robar el tiempo, por el amor.*

A mis viejos, por estar.

A La Camarilla.

Agradecimientos

A Santiago Aragón por la primera oportunidad, la que cuenta.
A Nicolás Rzoncinsky por ayudarme a pensar y por los aportes para este trabajo.

A Martín Rodríguez por confiar.

A José Natanson por creer que valía la pena.

A Román Lejtman por ser el primero en creer que este libro merecía ser escrito.

A los dirigentes que abrieron las puertas de sus organizaciones y destinaron muchas horas a las charlas para este libro.

A Nicolás Otero y Luciana Pérez, que siempre estuvieron a disposición.

A Liliana Agresta por el auxilio informático. Por estar siempre.

Prólogo

Al momento de escribir estas líneas, el calendario marca un siglo de los acontecimientos conocidos como La Semana Trágica. Entre el 7 y el 13 de enero de 1919 fueron masacrados cientos de trabajadores, transeúntes, vecinos de los barrios ju- díos de Once y Villa Crespo a manos de la Policía, del Ejército y de bandas civiles de la incipiente Liga Patriótica. La huelga de los obreros de los Talleres Vasena comenzó por demandas salariales y de condiciones de trabajo: pedían jornadas de ocho horas, cinco días a la semana en lugar de las once horas con solo los domingos de descanso. El conflicto fue conducido por dirigentes anarquistas del gremio metalúrgico. Tras haber puesto al general Luis Dellepiane para ahogar la protes- ta, el presidente Hipólito Yrigoyen promovió una negociación que fue firmada por sindicalistas y el propio Alfredo Vasena. El pliego de condiciones obreras se impuso y, desde el 20 de enero de 1919, en Vasena se trabajó ocho horas. La empresa, incluso, reincorporó a los despedidos. Cien años después, es difícil encontrar registro alguno de aquellos hechos en la me- moria colectiva, salvo alguna nota periodística o una marcha en el barrio de Parque Patricios.

El libro de Agustín Álvarez Rey es un trabajo de pluma urgente para darle más volumen a la aplastante realidad que

viven millones de habitantes de estas tierras. El libro transita las rutas y las calles argentinas desde aquel 20 de junio de 1996 en el que los trabajadores despedidos de YPF en Plaza Huincul prendieron fuego brea y neumáticos en la ruta para conjurar el frío invernal. Recurrieron a lo único que les quedaba para hacerse ver. La extracción de petróleo en Plaza Huincul comenzó hacia 1919 y los yacimientos de esa cuenca daban petróleo y gas convencional de modo abundante hacia mediados de los 90. Eso explica la privatización promovida por el peronista Carlos Menem y votada en el Congreso Nacional de la petrolera de bandera creada por impulso del radical Hipólito Yrigoyen.

El pragmatismo del radicalismo en 1919 le permitía aliarse con los intereses británicos, ser estatista con un recurso estratégico como el petróleo y, al mismo tiempo, ser implacable con la represión al *peligro rojo*, tal como veía buena parte de los sectores acaudalados las protestas sociales de 1919. Cabe consignar que apenas catorce meses había triunfado la Revolución Bolchevique en Rusia y varios dirigentes radicales formaron parte de la temible organización paramilitar de entonces, conocida como Liga Patriótica Argentina.

Este cronista tuvo oportunidad de conocer Cutral Có y Plaza Huincul poco después de aquellas demandas obreras que solo eran visibles porque cortaban las rutas. En la destilería había un gran anfiteatro, que servía para promover la cultura y el arte allí donde había población trabajadora. Había una cancha de fútbol con pasto verde en una zona donde la tierra es arcillosa, seca, no apta para los cultivos. Muchos de los despedidos de YPF, pocos años después, fracasarían invirtiendo sus indemnizaciones en kioscos y remises: no había plata en el pueblo. Era la Argentina de los 90, gobernada por el peronismo.

En la Argentina de hoy, en la que faltan recursos para estimular el consumo popular, sostener los salarios y dar trabajo genuino a los cooperativistas organizados en torno a los movimientos sociales, el Estado no escatima recursos para subvencionar a las grandes petroleras que explotan gas y petróleo no convencional en Vaca Muerta, Neuquén. En efecto, cuando el millón de BTU (la unidad de medida del gas) en cuencas gasíferas de otras naciones se paga alrededor de 4 dólares en boca de pozo, algunos empresarios como Paolo Rocca (Techint-Tecpetrol) reclamaron en voz baja que relevaran a Javier Iguacel como secretario de Energía porque pretendía retacear los aproximadamente tres dólares por millón de BTU que aporta el Estado para Vaca Muerta. Se puede leer esto en un artículo de Carlos Pagni (*La Nación*, 3/1/19) en el que da los motivos por los cuales fue Gustavo Lopetegui –hasta entonces vicejefe de Gabinete– quien reemplazó a Iguacel. La explicación oficial es que las inversiones llegan cuando hay precios competitivos. Lo que sabe cualquier ciudadano es que los *tarifazos* son para que el aporte a las empresas salga de los bolsillos populares.

El alineamiento con las políticas del FMI no significa hacer tabla rasa con los recursos públicos. Se trata de direccionar esos recursos con medidas fiscales y monetarias que, inevitablemente, están pensadas en términos de ganadores y perdedores. La retórica de darle garantías al capital no significó un incremento de las inversiones. Cabe consignar que las empresas, además, pueden mover sus activos financieros al exterior sin restricciones y los exportadores no tienen siquiera que liquidar sus ingresos en el país, lo pueden hacer en cualquier banco de cualquier país. Si alcanzara con decir que la *nueva derecha* (tal como define el propio Álvarez Rey al gobierno de Mauricio Macri) gobierna para los sectores privilegiados de la sociedad,

este libro no tendría sentido. Bien señala el autor que en este año electoral Cambiemos es una fuerza competitiva. Carolina Stanley, ministra de Desarrollo Social, tiene instrucciones de dialogar con los movimientos sociales. Del mismo modo que Patricia Bullrich tiene otro rol en este gobierno: reprimir la protesta social. El libro es un aporte porque no se limita a hacer la cronología de las luchas de los movimientos sociales sino que analiza cómo se comportaron los distintos gobiernos y los diversos dirigentes sociales en los últimos 25 años.

La Argentina de cien años atrás –cuando florecía el yrigoyenismo y ese movimiento era implacable con los obreros de la Semana Trágica y la Patagonia Rebelde– era próspera para sus sectores privilegiados y, a su vez, el radicalismo podía permitirse impulsar la reforma universitaria o la construcción de viviendas para obreros y empleados. Es más, la Comisión Nacional de Casas Baratas fue impulsada por el conservador Juan Cafferata, a quien Gardel y Contursi mencionan en el tango *Ventanita de arrabal*. El período de mayor protagonismo de las clases trabajadoras tuvo al peronismo como protagonista principal. La destrucción producida por la última dictadura cívico-militar es el quiebre más grande del aparato productivo, del sistema financiero y del Estado de Derecho del siglo XX en la Argentina.

Los movimientos sociales emergieron en los 90 pero entre sus dirigentes y en sus programas están inscriptas las marcas de la resistencia a aquella barbarie. El vigor, la diversidad, la combatividad y la disposición al diálogo de estos movimientos sociales son una experiencia difícil de comparar, tanto con otros fenómenos nacionales como con expresiones sociales y políticas de otras latitudes. Y son, sin dudas, un emergente del crecimiento de la desigualdad, no solo de la pobreza. Si

radicales y conservadores –aun socialistas– temían el avance bolchevique hace un siglo, ¿a qué le temen la *nueva derecha* así como otros sectores políticos y gremiales con los reclamos de los movimientos sociales? Esta es una de las preguntas que guían las páginas de este libro.

Los obreros de Vasena reclamaban la jornada de ocho horas y no hay dudas de que su ideología estaba contagiada del clima de época: querían terminar con el Estado capitalista y promovían una sociedad de iguales. Sin embargo, aplastado el conflicto, los obreros se sentaron a una mesa de diálogo, obtuvieron sus reivindicaciones y volvieron a trabajar. La pregunta es: ¿detrás de los reclamos de alimentos y trabajo digno hay quienes tienen temor a que tiemblen sus privilegios? La respuesta es simple: sí. No hay maximalismos; todos los dirigentes sociales saben que las tensiones de la sociedad y los juegos de poder son un laberinto difícil de recorrer para quienes luchan por una sociedad donde terminen los privilegios para las minorías económicas.

La era Trump llegó en los Estados Unidos después de décadas de beneficios impositivos para las minorías. Algo similar sucede en los países de la eurozona. Y junto con la regresión fiscal que premia a los poderosos y castiga a las clases medias y trabajadoras avanzaron los mecanismos para que las empresas y las personas poderosas puedan eludir impuestos vía paraísos fiscales. Quien quiera estudiar los temas fiscales –especialmente desde el fin de la Segunda Guerra hasta la actualidad– puede recurrir al economista francés Thomas Piketty (*El capital en el siglo XXI*). El autor explica que el período 1945-1973 (este último, año de la gran crisis petrolera) resultó excepcional en el sentido de que los Estados de bienestar y las políticas keynesianas fueron el pivote de la reconstrucción de las democra-

cias occidentales y de las propias empresas. Desde entonces, en el mundo, las élites del capital financiero fueron limando los beneficios sociales. Y desde la crisis de 2008 la volatilidad del capital financiero va de la mano de la concentración más feroz de la riqueza. Con Estados cada vez más desfinanciados. Álvarez Rey hace muy bien en citar al sociólogo Robert Castel, quien con gran lucidez mostró hasta el fin de sus días (murió en 2013) cómo las áreas previsionales de los Estados son una presa importante para el capital financiero.

En este contexto, tal como lo muestra este libro, los movimientos sociales han logrado que no se los juzgue por ser *cho-riplaneros* sino por su organización en cooperativas para construir viviendas, para llevar agua potable, cloacas, para fabricar productos, cocinar y dar servicios en cada barrio y asentamiento donde pueden construir poder territorial. Es un acierto de Agustín Álvarez Rey meter la pluma en los movimientos sociales en un año electoral. No solo por la importancia de con qué partidos o candidatos se identifiquen sino porque la presencia de estos movimientos puede contribuir a que las distintas coaliciones políticas propongan políticas de Estado que jerarquicen su presencia en el futuro de la Argentina.

Eduardo Anguita

Introducción

En poco más de veinte años los movimientos sociales se transformaron en un actor central de la política argentina. Ayer, en su mayoría, aliados del kirchnerismo. Hoy negocian millones de pesos cara a cara con el gobierno de Mauricio Macri. Son, todavía, la novedad dentro del mundo de la política y son tentados por casi todos los espacios políticos de cara a las elecciones presidenciales de 2019.

Bendecidos por el Papa, su poder de fuego en la calle los llevó a la disputa de ese terreno con el sindicalismo y la política partidaria. Los movimientos sociales se encaminan a llenar de un nuevo contenido a la Confederación General del Trabajo (CGT) y a reconfigurar la columna vertebral del movimiento nacional y popular en la Argentina.

Lo que nació desde la más profunda desesperanza como un intento de organizar la bronca, como la respuesta más extrema al hambre y a la desocupación, hoy es una construcción política que busca contener a los más vulnerables y organizarlos en torno a la esperanza de un futuro mejor.

Nietos de la generación que vio surgir al peronismo, los derechos laborales y el modelo sindical argentino, no pueden negar su ADN. Por eso los movimientos sociales que más crecen son los que, hasta sin mencionarlo, tienen una matriz pe-

ronista. Es decir, jerarquías, organización vertical y una inevitable tendencia al acuerdo.

Cambios y los movimientos sociales son hijos del estallido del neoliberalismo en el país. Uno ejerce el poder; el otro disputa las calles. A casi dos décadas de la peor crisis económica que vivió la Argentina, los actores políticos que parió aquella sociedad en descomposición institucional se preparan para la disputa por el poder en 2019. Y más adelante también. De la periferia hacia el centro, desde las rutas alejadas a las grandes ciudades. Los piquetes mutaron, crecieron, se organizaron e ingresaron al mercado laboral de la mano de las cooperativas y de la economía popular.

Dejar de lado la tragedia económica, la rotura del tejido social, sería un error. Los movimientos piqueteros, devenidos en movimientos sociales, no son más que el exponente de la muerte y resurrección de los lazos sociales en la Argentina y de su tortuoso mercado laboral.

Eduardo Duhalde, Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, cada uno a su turno y a su manera, vieron el nuevo sujeto político y trabajaron con él a medida que la sociedad iba retomando su forma y el mercado laboral su fuerza. Pero ya nada sería igual. De los planes sociales al empoderamiento de las cooperativas a través de distintos organismos de gobierno y la legislación emanada del Congreso pasó poco menos de una década. Las experiencias que eran novedosas en la década del 80 pasaron a ser moneda corriente a fines de los 90 y obtuvieron el manto de la legalidad recién durante los doce años que gobernó el kirchnerismo. En 2011 se modificó la Ley de Quiebras, que estableció a las cooperativas como sujeto jurídico y obligó al Estado a subsidiarlas a fin de darles “apoyo técnico y económico” para asegurar la continuidad del contrato de trabajo aun cuando la empresa se declarase en quiebra.

Sin embargo, la experiencia de las fábricas recuperadas y las cooperativas no lograron sobrevivir al cambio de gobierno y de plan económico. La falta de profundización de políticas que sostengan la estructura y resguarden a los trabajadores quedó expuesta. A la falta de mercado interno y al aumento desproporcionado de las tarifas de los servicios públicos se le sumó la ausencia de una red de financiamiento no bancario para hacer sustentables los proyectos. Con fuentes de financiamiento que parecen inagotables y un respaldo político multisectorial, los movimientos sociales crecieron a la sombra de los gobiernos del Frente para la Victoria (FPV) y hoy cuentan con el poder necesario para ser parte, como sostén imprescindible, de la contienda electoral.

La mayoría de los dirigentes de los movimientos sociales a los que les tocó acompañar el proceso estuvieron a la altura. Nunca dejaron de parecerse a sus representados. Los que no lo hicieron quedaron en el camino. Construyeron identidad propia más allá de la pertenencia política. Fueron capaces de articular con todos los sectores tanto para construir en el territorio como para discutir con intendentes, gobernadores y representantes del Poder Ejecutivo.

De los planes sociales para garantizar la subsistencia mínima a presentar un espacio político propio que intenta propiciar la unidad del campo nacional y popular. De organizar ollas populares y cortes de ruta a discutir políticas de Estado y ser parte de la discusión de un plan de gobierno. De ser huestes inorgánicas con actos espasmódicos a crear un sindicato y sentarse con los líderes de la CGT a definir acciones estratégicas.

El trayecto recorrido parece mostrar a los movimientos sociales en condiciones de ser parte de la disputa electoral de 2019. Para cumplir ese objetivo van en busca de la institucio-

nalidad que les puede dar la CGT. A partir de 2018, por primera vez con el sello del Sindicato Único de Trabajadores de la Economía Popular, estos espacios buscan formalmente tener representación en los congresos que eligen las autoridades de la central obrera. La disputa con el sindicalismo más tradicional no es sencilla, pero con la capacidad de movilización como carta de presentación los trabajadores de la economía popular van a buscar lo que creen que se merecen: un lugar de privilegio dentro del movimiento obrero organizado.

En un escenario mundial de mayor inserción de tecnología en el campo laboral, el único sindicato que podrá crecer, según los dirigentes sindicales, es el de los excluidos. Por eso, para los movimientos sociales, luego de veinte años su recorrido político recién comienza. Desde el seno de estas organizaciones definen su propio proceso como “lento y paulatino”, pero desde afuera se ve vertiginoso. Desde que el kirchnerismo en general, y Felipe Solá, como gobernador de la provincia de Buenos Aires, en particular, les abrieran la puerta del Estado bajo la lógica de la transversalidad hasta hoy, los movimientos sociales desarrollaron capacidades impensadas en el inicio del proceso.

La necesidad política de abrir el juego más allá del peronismo y la resistencia al neoliberalismo reinante en los 90 ayudaron a construir el camino. Más allá de eso, durante los doce años que el Frente para la Victoria gobernó la Argentina tan solo un sector de los movimientos sociales se asumió oficialista. Con el cambio de gobierno y la llegada de Mauricio Macri a la Casa Rosada, el escenario cambió. Si bien nunca se rompieron los puentes para negociar con los representantes del Estado, todos los movimientos sociales asumieron un rol opositor.

Es verdad que ante una gestión que ingresó en funciones con una fuerte devaluación que destruyó el poder adquisitivo

de los trabajadores y de los beneficiarios de planes sociales, la representación política de los sectores más vulnerables no tenía mucho margen para fijar posición. Sin embargo, la intención de volver a consolidar *la unidad de acción* en la calle tuvo su correlato en la realidad rápidamente. En ese marco, los movimientos sociales –sobre todo la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), Barrios de Pie y la Corriente Clasista y Combativa (CCC)– vuelven a intentar transitar el camino de la unidad superando contradicciones e intentando poner el objetivo común por encima de las diferencias. Aquello que no lograron a fines de los 90, hoy parece estar un poco más cerca. El tiempo dirá si se trata de otro intento fallido o si logran consolidarse como un factor de poder importante en la Argentina.

En ese marco, la especial atención que les dedica el Papa, no solo en nuestro país, cataliza sus posibilidades de expansión. Los señalamientos permanentes de Francisco contra la exclusión del capitalismo y la participación en los encuentros mundiales de movimientos sociales son seguidos con especial atención por la política vernácula. En términos políticos, la relación del Papa con el peronismo y con el sindicalismo argentino opera como un puente para unir diferentes sectores. La prueba más tangible de esto es la Multisectorial 21F, que evangelizaron durante 2018 por todo el país Gustavo Vera y Pablo Moyano y que terminó por aglutinar a más de 800 organizaciones a nivel nacional.

Tampoco se puede minimizar la relación del Papa con Juan Grabois, secretario de formación de la CTEP y flamante figura del kirchnerismo. El sindicato que surge del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) es el instrumento por el cual, también con ayuda de Francisco, los movimien-

tos sociales ocuparán un lugar dentro de la CGT, dando una vuelta de página definitiva a la trayectoria de los movimientos sociales en la Argentina.

La historia de estas organizaciones no comienza en los 90, es más rica y abarca décadas anteriores. Sin embargo, nunca antes había logrado el protagonismo dentro de la escena política que obtuvo a partir de 2001. La crisis de representación, el cambio de modelo de producción y la modificación en el sistema de acumulación capitalista aportaron lo suyo para que el subsuelo de la patria modificara su matriz y avanzara nuevamente hacia la consolidación de un sujeto político y social determinante.

Aquello que tanto Hannah Arendt como John Locke y Robert Castel, cada uno a su tiempo, plantearon sobre las modificaciones de la sociedad y el rol del trabajo, se vivió con intensidad en la Argentina durante los últimos veinte años. Ahora es tiempo, otra vez, de que los excluidos, aquellos que perdieron derechos, reconquisten lo suyo. Además, el trabajo formal de baja capacitación cae al mismo tiempo que crecen los avances tecnológicos. En ese marco, el desafío de los movimientos sociales, más allá de su rol de articulador entre el Estado y las capas más vulnerables de la sociedad, es consolidar un perfil político.

El desafío, desde ya, no es sencillo. El peronismo aparece, con las banderas de la justicia social y la conquista de derechos, como una aspiradora de la base de sustentación de estas organizaciones. Los dirigentes coinciden en que la imposibilidad histórica de haber podido construir un partido de los trabajadores en la Argentina tiene que ver con la impronta del movimiento creado por Juan Domingo Perón.

La historia del Partido Laborista y el General es conocida y no necesita recordarse. Sin embargo, ante la crisis de represen-

tación de los partidos tradicionales, en 2001 los dirigentes de los trabajadores enfrentados con el neoliberalismo tuvieron su chance. Pero aparecieron Néstor Kirchner y el peronismo con sus banderas tradicionales para hacerse otra vez cargo del gobierno. El plus para taponar la posibilidad del crecimiento de un partido de los trabajadores se llamó *transversalidad*. Algunos dirigentes concuerdan en que “Néstor fue un atajo” que los llevó a dejar de lado el arduo camino de la construcción de una alternativa electoral que con el tiempo se volviera competitiva. Ahora Kirchner ya no está y el peronismo no gobierna, salvo en Córdoba, ninguno de los distritos más populosos de la Argentina. Ahora, la necesidad de que la construcción social dé el salto a la construcción política vuelve a aflorar.

El proceso está en plena ebullición, aventurar un final es arriesgado. Sin embargo, negar de plano que los movimientos sociales se encaminan a transformar la dinámica del campo nacional y popular y a ser parte central de la nueva columna vertebral del movimiento sería, por lo menos, necio.

La burbujeante orgía de magia negra que es el poder siempre está en movimiento. Más aún en años electorales. La foto siempre queda vieja. La película puede tener virajes inesperados. El salto del referente de la CTEP Juan Grabois de lo social a lo político y su desembarco en el kirchnerismo, y la salida de Juan Carlos Schmid de la conducción de la CGT así lo demuestran. Pero el trazo que guía la historia de los movimientos sociales y su pelea por un lugar en la mesa chica de la discusión política no cambia. El proceso en marcha es ajeno a los nombres.